

LA FAMILIA

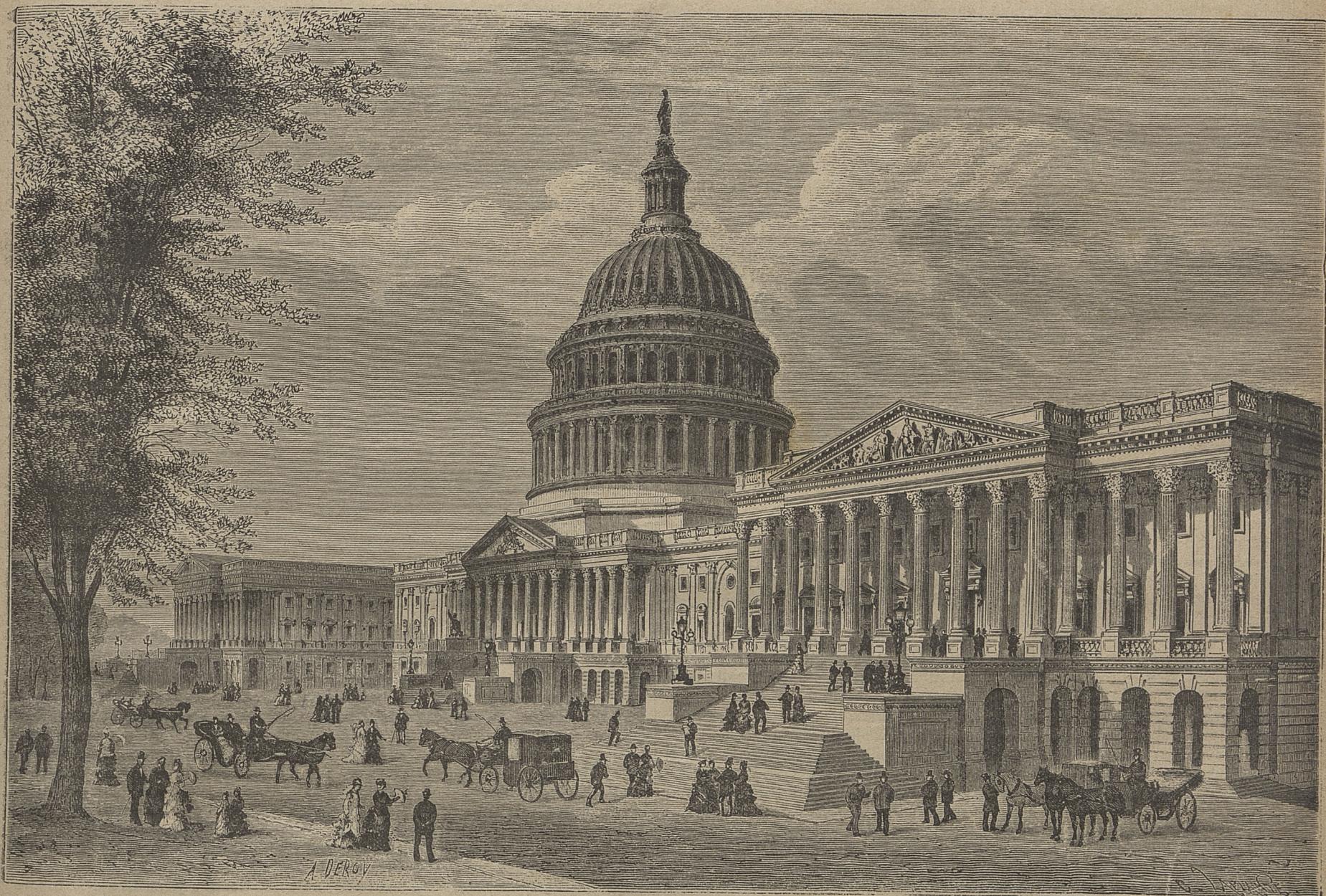
PERIÓDICO QUINCENAL ILUSTRADO, DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MODAS Y CONOCIMIENTOS ÚTILES

PUBLICADO BAJO LA DIRECCIÓN DE LA SEÑORA CELESTE J. DE CRUZ-COKE

AÑO I

SANTIAGO DE CHILE, 15 DE NOVIEMBRE DE 1890

NÚM. 7



EL CAPITOLIO DE WASHINGTON

SUMARIO. — NUESTROS GRABADOS. — CARTA PARISIENSE, por *Ambrosina C.* — BEETHOVEN (Páginas sueltas), por *Taine*. — ¿POR QUÉ ME OCULTAS TU CORAZÓN?, por *Belisario Guzmán Campos*. — Á LUCILA (en sus días), por *Belisario Guzmán Campos*. — CARTAS JAPONESAS (carta séptima), por *El Conde Tchí*. — EL INCENDIO DE WASHINGTON. — TEATROS: UNA GLORIA AMERICANA. — HISTORIA NATURAL, por *Fulbert Dumontell*. — ORIGEN DEL NOMBRE DE AMÉRICA, por *Pedro Polo*. — ECONOMÍA DOMESTICA. — VARIEDADES. — PROBLEMAS. — SOLUCIONES. — BIBLIOGRAFÍA. — NUESTRO FOLLETÍN. — BUZÓN DE «LA FAMILIA»: Correspondencia. Consultas. Nota sobre LA FAMILIA. — CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN. — FOLLETÍN.

NUESTROS GRABADOS

EL CAPITOLIO DE WASHINGTON

El grabado de nuestra primera página representa el suntuoso edificio en que celebra sus sesiones el parlamento norteamericano, y que se designa comúnmente bajo el nombre de Capitolio de Washington. La pureza y la claridad del dibujo nos ahorrará toda descripción. Baste saber que el Capitolio es uno de los monumentos más grandiosos de la gran República.

BEETHOVEN

En otra sección reproducimos algunas páginas sueltas debidas al eminente crítico *Taine*, y relativas á la vida y las obras de este célebre compositor, cuyo retrato adorna el presente número de LA FAMILIA.

CARTA PARISIENSE

Una opinión sobre LA FAMILIA. — ¡Querido Chile! — La cremación. — Un poeta pesimista. — Modas de invierno. — Géneros de novedad. — El color preferido. — Dos trajes. — La caza. — En el castillo de U. — Un anfitrión pantagruesco. — El traje propio. — Excursiones en las montañas.

París, 4 de octubre de 1890.

SEÑORA DIRECTORA DE «LA FAMILIA»

Querida amiga:

En fin, ha llegado á mi poder el número 1.º de LA FAMILIA. Recibe todos mis parabienes, señora Directora; tu periodiquillo es lo más bonito; edición esmerada, grabado espléndido, impresión superior, y contenido amenísimo;

pero... pero... hay un pero... ¿dime tú, dónde no hay peros? Pues bien, el pero de tu periódico... es que le faltan cuatro ó siquiera dos páginas más. ¡Ay! qué publicación tan linda si tuviese ocho páginas!... Tu carta me da esperanzas... «Tal vez lo voy á hacer de doble tamaño», me dices... Hazlo, porque, te lo confieso francamente, leyendo el primer número de LA FAMILIA, una se queda deseando más lectura. Es tan interesante la que encierra, que seguirla sería una dicha muy grande; no hablo de mi carta, ésta es aceptada con indulgencia, y demasiado honor me haces imprimiéndome íntegra; pero la «Carta Japonesa», «Sobre perfumes», «Una escena en provincia», lectura encantadora, original, chispeante.

Te lo aseguro, por algunos momentos, demasiado cortos, eso sí, he vivido de veras en Santiago... en Chile... ¡en mi querido Chile!... y esos perfumes de la Plaza de Armas?... Sabes lo que su lectura ha producido en mí... Un deseo desenfrenado de comer plátanos... chirimoyas... qué sé yo, y los he comido. ¿No lo crees? Sí, y todavía siento su agradabilísimo perfume.

He encontrado donde *Chevet* una colección de esos frutos, una reproduc-

ción del portal santiaguino... he cerrado los ojos... he meditado profundamente... y hasta creo haber hablado en castellano... Sí... pero en lugar de ver esos vendedores chilenos tan acomodaticios, tan sencillos y tan buenos, con su poncho y sombrero de pita, tenía delante de mí un caballero alto, tieso, serio en su frac apretado, que le quitaba mucho de su sabor á mi fruta predilecta.

Ahora, el postre de mi mesa es todo tropical; tengo hasta chancaca. Los niños me preguntan qué fiesta celebro, mi marido se me aparece con inesperados comensales porque sabe que hay un postre magnífico... y todo eso por LA FAMILIA.

Deliciosa la idea de traducir las cartas del conde Tchí. Felicito al que emprendió tal obra; los chilenos leerán con interés el juicio que de su país se ha formado un viajero tan sabio y eminente.

¡Ay! querido Chile! Mientras más tiempo permanezco aquí, más deseos siento de volver bajo tu cielo, siempre azul y sembrado de rutilantes estrellas. No quiero morirme en París, nó; quiero morirme en Chile, porque aquí serían capaz de hacerme quemar, una vez muerta.

Ahora, para los muertos, hay también

Al rededor del canto, arriba, abajo, se oye una multitud de exclamaciones que van creciendo, que se hinchan, que aumentan constantemente su vuelo y su alegría.

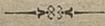
La primera página de su testamento

¡Oh, hombres! que me consideraréis como malévolos, intratables ó misántropo, ¡cuánto daño me hacéis! No sabéis la causa secreta de lo que parece así. Mi corazón y mi carácter se inclinaban desde mi infancia hacia el sentimiento tierno de la benevolencia: realizar grandes cosas por mí mismo era mi anhelo máspreciado. Pero pensad que, desde hace seis años, soy víctima de un mal incurable, que médicos ignorantes han empeorado; que, perdida ya la esperanza de aliviar, me es fuerza considerarlo como eterno. Nacido con el temperamento ardiente, apasionado por las diversiones que ofrece la sociedad, me he sido obligado á retirarme de ellos muy joven todavía, y he llevado una existencia solitaria. Me era imposible decir á mis semejantes: "Hablad más fuerte, gritad, porque soy sordo!" ¡Ah! ¿cómo me habría sido posible confesar la debilidad de un sentido que, en mí, debería ser tan perfecto como en los demás hombres? Y este sentido lo había poseído en otro tiempo con una perfección tal que muy pocos hombres de mi profesión han tenido ni tendrán nunca en tan alto grado.

Casi siempre solo, salvo cuando una extremada necesidad me obliga á buscar á mis semejantes, no me atrevo á presentarme en medio de una reunión numerosa. Debo vivir aislado. Si entro en un salón, lo hago con el sudor de la angustia; temo correr el peligro de que se descubra mi estado. Pero, ¡qué humillación cuando alguien oye cantar á los pastores y yo no oigo nada!

Incidentes de esta naturaleza casi me han conducido á la desesperación; y bien poco ha faltado para que pusiese término á mis días. Sólo el arte me ha detenido. Me parecía imposible abandonar el mundo antes de haber dado á luz lo que tenía la misión de cumplir.

TAINÉ



¿POR QUÉ

ME OCULTAS TU CORAZÓN?

Triste una duda, cruel un afán, mi amante pecho hiriendo están: ¿Dime: tú me amas cual te amo yo?... ¿Por qué me ocultas tu corazón?

Tú eres el cielo de mi existir; tú, mi esperanza, mi porvenir. ¿Qué soy, en tanto, para tí, yo?... ¿Por qué me ocultas tu corazón?

Tú sola inspiras á mi laúd; vida de mi alma sola eres tú. ¿Te inspiro acaso igual pasión?... ¿Por qué me ocultas tu corazón?

¡Ay! ¿hasta cuándo me harás sufrir? ¿Quieres, ingrata, verme morir? Si tú me amas cual te amo yo, ¿por qué me ocultas tu corazón?

BELISARIO GUZMÁN CAMPOS

Á LUCILA

EN SUS DÍAS

(Soneto)

Hoy te debo ofrecer, cara Lucila, la sola flor que anima mi ternura; límpida como tu alma en su blancura, casta como el azul de tu pupila.

La que el dolor, que todo lo aniquila, no tronchó en mi jardín con mano dura, la flor de la amistad que tierna y pura en el santuario de mi pecho asila.

Del corazón la fuerza más hermosa, del alma la pasión más abnegada, como el celeste olor vive en la rosa,

en la amistad encuentra su morada. ¡Ah! si con lazo íntimo nos liga, te llamaré por siempre ¡dulce amiga!

BELISARIO GUZMÁN CAMPOS

Santiago, 1890.



CARTAS JAPONESAS

CARTA SÉPTIMA

Hermano mío:

Un contratiempo, de esos que jamás ocurren en nuestro querido país, donde reinan el orden y el respeto en todos los resortes del mecanismo social, me ha impedido dar curso á los deseos manifestados en mi comunicación reciente. Sabes que me halagaba con la idea de seguir instruyéndote sobre la fisonomía rentística de la nación que visito, y acerca de esta importante cuestión había logrado reunir bastantes datos para transmitirte interesantísimas lecciones, que me veo forzado á suprimir por hoy, gracias á la curiosidad imperdonable de mi criado Valentín.

Hablando de un modo general, es un buen sirviente, algo hipócrita y perezoso, lo confieso; pero me han dicho que esas son particularidades comunes á toda la servidumbre chilena. Bajo ciertos conceptos, sin embargo, Valentín es una excepción; ni se fuma mis cigarros puros, ni me pide dinero anticipado, ni lleva mis prendas de vestir á la casa de préstamos, como, se me refiere, lo hacen de continuo los criados en esta tierra. Suele sustraerme, es cierto, uno que otro cigarrillo de papel, sus manos se deslizan á veces por los cajones donde coloco las monedas sobrantes, y casi me atrevo asegurar que lo he visto metido en una de mis camisas, lo cual tiende á confirmar la opinión de un joven y ya célebre escritor santiaguino, de que la mayor parte de los habitantes de Santiago son *kleptomano*s. De este mismo parecer participan los pobladores de la provincia, aun cuando lo exageran sin razón, llegando hasta imaginarse que en la capital se roban los muebles de una casa en pleno día, á vista y paciencia de los guardianes de la propiedad. Esto es hiperbólico, sin duda, y más malévolos que justo.

Volviendo á Valentín, ¿cómo había yo de figurarme que mis apuntes, trazados en caracteres que indudablemente ignora, serían capaces de provocar su codicia ó siquiera su curiosidad?... Pues bien, lo imposible ha sucedido, hermano de mi corazón: Valentín me ha robado mis principales documentos, y me veré en la necesidad de reconstituirlos nuevamente.

La explicación que me dió el pícaro es donosa (1): ¡un coleccionador le había ofrecido tres pesos por algunos de mis papeles, que deseaba conservar como cosa rara!

Por fortuna, mi lira consta de varias cuerdas, y aun cuando no de hacienda pública, te conversaré sobre etnografía

(1) La voz *oli-hama* corresponde exactamente á los varios sentidos que tiene en castellano este vocablo.

y sociabilidad, temas siempre atrayentes y que considero tan agradables como instructivos.

* *

Decíate, en una de mis pasadas correspondencias, que la población de Chile se dividía en diversas castas, y te citaba, como punto de comparación, las instituciones tradicionales de la India.

Vuelvo hoy á contemplar este delicado asunto, bajo sus diversos aspectos, y me anticipo á creer que ha de agradarte.

La interesante familia chilena es una en su origen; aquí todos son parientes, y cuando oigo que un indígena exclama: "En Chile todos nos conocemos", te aseguro que afirma una gran verdad. Las tradiciones de valor y de heroísmo á todos pertenecen con igual derecho, y en puridad de verdad, nadie podría decir á otro: "Mi sangre es mejor que la tuya". Ciertamente es, y no lo niego, que con el transcurso de los años, con los sacudimientos y variaciones que han experimentado los hogares, se han ido formando clases de la sociedad, cimentadas, las unas en la riqueza, las otras en la participación que les ha cabido en la dirección del Estado, aquéllas en la superior inteligencia de sus miembros, éstas por fin, en fraudulentos pergaminos que nadie acata, pero que sirven de base ficticia á ridículas vanidades.

Pero esta clasificación es defectuosa, por no tener límites bien definidos. Además, hay que tomar en cuenta, para determinar los elementos constitutivos de la comunidad chilena, diversos otros factores, como ser la latitud geográfica, la vida de la ciudad y del campo, las diferencias de carácter, y el núcleo de moradores primitivos, que entra en no despreciable medida, en la composición de las masas populares.

Con relación á la fortuna privada, el pueblo se divide en ricos y pobres: no existe aquí la pequeña propiedad inmueble, que da independencia en el presente, ni el sistemático ahorro, que crea la independencia para lo futuro. El pobre gasta más de lo que produce; el rico acumula todo lo que hace producir. El primero asegura el día de hoy, sin pensar en el de mañana; el segundo atesora para llegar al millón si no lo tiene, para doblarlo, ó cuadruplicarlo cuando lo ha conseguido.

Como primera consecuencia, de este orden de cosas se desprende que el pobre es generoso y el rico avaro. Aquél ama el dinero por las satisfacciones que procura; éste le rinde culto por la importancia que mediante él adquiere.

Si á esto se añade que, en Chile, no están gravadas ni la propiedad ni la renta (1), se saca una segunda deducción: que sólo el pobre paga impuestos. Y, como corolario de situación semejante, se infiere que la riqueza pública en todas sus manifestaciones: caminos, ferrocarriles, puentes, monumentos, escuelas y demás edificios fiscales, se deben casi exclusivamente no sólo al esfuerzo corporal, sino también al tributo pecuniario de los contribuyentes sin fortuna.

Resumiendo estas ideas, podría sentar el siguiente axioma: el rico amasa (2) para sí, el pobre para todos.

* *

Por lo que toca á la condición social, los chilenos se dividen en nobles y plebeyos. Son nobles los que se creen tales; plebeyos los demás.

Las instituciones civiles del país son igualitarias y no reconocen ninguna superioridad entre los ciudadanos, pero la práctica desvirtúa tan hermosos y saludables principios.

Se creen nobles: los que se llaman Equis, Igriega ó Zeta, porque *indudablemente* algún parentesco tienen con el

(1) *Tian ting* llaman los japoneses al exceso de las entradas líquidas de un propietario sobre sus gastos personales. Es pues, algo distinto de lo que llamamos nosotros renta ó interés.
(2) *Li ho-tong* significa amasar el pan.

conde Equis de la Quiberana, el marqués Igriega de Tríneste, ó el barón Zeta de Muquíá; los descendientes de los guerreros de la Independencia que *saben que lo son* y no necesitan *trabajar para comer*; toda la numerosa é híbrida categoría del *medio pelo* (1), cuya filiación te explicaré más adelante; los extranjeros en general, aun cuando en su patria hayan sido personas de baja estofa. Respecto de los extranjeros te diré que, hasta hace pocos años, los que han venido á Chile eran gente de familias más ó menos distinguidas, y de regular educación.

El plebeyo se caracteriza por ser el que trabaja y transforma la materia. El noble se ocupa, ordinariamente, en labores de oficina, y tiene predilección por los empleos públicos, á los cuales se cree con derecho innato, por ser quien es. Cuando es rico, emprende negocios de banco ó de bolsa, especulaciones en que le rinden sus capitales el veinte ó veinticinco por ciento.

La nobleza del talento casi no existe, y el mérito tropieza con insuperables obstáculos para abrirse camino. No embargante, la inteligencia y el talento son aquí tal vez más comunes que en cualquier otro país. Cuando el chileno quiere hacer algo, sobrepuja al europeo; la cuestión está en que quiera. El operario indígena que se dedica constantemente á sus tareas, produce una suma de labor treinta por ciento más considerable que, en iguales condiciones, su congénere del viejo mundo. La instrucción de los que se consagran al estudio es tan sólida y completa, como la de la generalidad de los estudiantes de Europa.

Por desgracia, las producciones de la inteligencia ó del genio, más numerosas de lo que se cree, escollan en el indiferentismo de los ricos, para quienes los inventos, las artes, las letras, son especulaciones ruinosas, indignas de su interesada protección. Y desde que todo cuanto se produce se resiente, como es lógico, de la penuria de su productor, no se consigue nada acabado, nada perfecto, nada que patentice el alcance del ingenio nacional.

El Gobierno, que es el tutor del pueblo, recibe subsidios de las Cámaras para estimular el arte. Estimula, es verdad, un arte, como me decía hace poco un eminente chileno: el de falsear las elecciones.

* *

En cuanto á la situación geográfica, la población de Chile se divide en habitantes del norte, del centro y del sur; bajo el punto de vista de las preocupaciones de campanario, en provincianos y santiaguinos.

Los pobladores del norte, principalmente mineros, son valientes y esforzados, de índole comunicativa y generosa. Los del centro, región de la industria fabril y comercial, entiendo la industria manufacturera y el comercio de especulación, son inteligentes y astutos, amantes de la buena vida, del lujo y de la elegancia. En el sur, país de las grandes explotaciones agrícolas, de los frondosos bosques y caudalosos ríos, la población es más franca, más despreocupada y despreñida. Se asevera que los pobladores del sur son tenaces y testarudos; en realidad, son tan valerosos y enérgicos como sus conciudadanos del norte.

Pero estas cualidades son propias, por decirlo así, de toda la nación chilena, y la separación por latitudes correspondé más exactamente á las distintas producciones del suelo, que á la índole de los habitantes.

Donde el espíritu encuentra ancho campo de exploración es en las diferencias existentes entre los provincianos y los santiaguinos.

(1) El conde Tchí traduce, *tu-pi han*, que es el nombre dado en el Japón á cierta clase de gentes que se distinguen por su adulación hacia los grandes y su crueldad para con los pequeños. Me parece que el *tu-pi han* es una especie del género *medio pelo*, pero sería injusto aplicarlo al género todo.

Santiago, la capital de Chile, es Chile mismo, es el emporio de su riqueza y de su ciencia, de sus instituciones políticas, artísticas y literarias; de su progreso y sus ideas. Respecto de Santiago, las demás ciudades de la nación no son hermanas, ni siquiera primas; son como esas parientes vergonzantes que se sientan á un extremo de la mesa y comen de lo que sobra, si es que sobra.

Cuando el santiaguino va á provincia, lo que regularmente sucede en la temporada de verano, llega ahí como el propietario á su tierras, como el conquistador al país invadido. Los lugareños se atortolan, se empequeñecen, se eclipsan, para procurar á sus huéspedes más aire y más libertad.

Si de estos hay uno que tenga carta en la baraja del tesoro, suele acercársele algún sujeto menos tímido que sus *convencidos*, y, con el sombrero en la mano, le pide humildemente para su pueblo una escuela, un muelle, una limosna destinada á las reparaciones del templo... Y el estadista se yergue, monumental y glorioso, frunce los labios, meneala cabeza levemente y atenúa la ansiedad del solicitante con un «Veremos» impregnado de majestad y de nobleza. El vecino corre á sus compañeros y les dice en són de triunfo:

—Tenemos escuela, tenemos muelle, tenemos templo.

Los notables de la localidad se reúnen, y al día siguiente no se oye hablar más que del banquete que ofrecerá el pueblo agradecido al ministro tal, ó al intendente cual.

De regreso á Santiago el ministro dice al Presidente:

—Tengo á todos los electores del departamento de Z. en el bolsillo.

—¿Por cuánto?

—Les prometí cárcel, puente y camino, escuela, muelle y reparaciones para el templo...

—Mucho es; con las reparaciones bastaba.

—Pero promesa no obliga. Démosles doscientos pesos para la iglesia y dejemos lo demás para las calendas turcas.

—Exacto: doscientos pesos, cien al contado, y el resto para... después.

—Sí, después de las elecciones...

De estas pequeñas injusticias han nacido grandes rivalidades, y si los santiaguinos se burlan de los provincianos, éstos se vengan con sentimientos de profunda hostilidad.

* *

Se ha tratado de comparar el *medio pelo* de este país con la *bourgeoisie* de los franceses ó el *golden mien* del pueblo inglés.

Semejante comparación no es verdadera, pues al *medio pelo* chileno le faltan los precedentes históricos de la *bourgeoisie* francesa y el espíritu modesto, práctico, emprendedor y respetuoso de la dorada medianía británica. Á la verdad, bajo ciertos aspectos, el *medio pelo* es un mito, puesto que nadie confiesa pertenecer á él. Con todo, existe, y se le reconoce por signos peculiares, más fáciles de adivinar que de definir. Ellos no se hallan todos reunidos en una sola familia ó en un solo tipo, mas, los hay que son comunes á la especie, sin que al efecto nada pueda establecerse en absoluto.

La característica del *medio pelo* es el orgullo, su encarnación visible el *pez, peje* ó *pije* (1), macho y hembra. Pero esta denominación, *pije*, que es la más usual, se ha convertido por el abuso en un apodo denigrante, de modo que ya no puede servir de base á una clasificación científica. Debo advertir que el *pije* posee no pocas cualidades á veces desconocidas entre las gentes de alta esfera. Un *pije* de buen corazón es, por cierto, mejor amigo y patriota que la mayoría de los llamados «hijos de familia», y los hay suficientemente educados é instruí-

(1) El conde Tchí traduce *hoa*, en el Japón, nombre genérico de *pez*. Por lo demás, todos estos barbarismos aparecen en la carta junto con la traducción.

dos, si bien no es esta la regla. Comúnemente, el *pije* sabe poco, aunque se de trazas de ser dueño de la ciencia infusa: escribe con mala ortografía, aun cuando le ocurre meterse á poeta ó literato, y lamentarse de que no sepan apreciar sus producciones.

Como el *pije macho*, el *pije-hembra* imita malamente la elegancia y el lujo de los afortunados. Tiene salón y recibe visitas. Á las que considera menos que ella, las trata con un desdén protector; si, por el contrario, son personas de posición distinguida, se deshace en genuflexiones, reverencias y agasajos, las llama con empalagosos diminutivos, y no omite aplastar después á sus amigas pobres con todo el peso de la honra recibida: «La Fulanita vino á verme. ¡Ay! tanto que me rogó para que fuera á comer con ella el domingo...» Esta última parte es pura invención. La «Fulanita» venía simplemente á pedirle que le buscara cocinera, en buen romance, á explotar su complaciente estupidez.

Estos ligeros rasgos, marqués de mi alma, te habrán dado una ligera idea de lo que en Chile se entiende por *medio pelo*. Mas, no creas que lo he dicho todo: para ello necesitaría escribir un libro.

En la confianza de haberte distraído un rato, dejo en este punto la pluma y y cierro mi carta, no sin afectuosos recuerdos para todos los míos.

Tuyo,

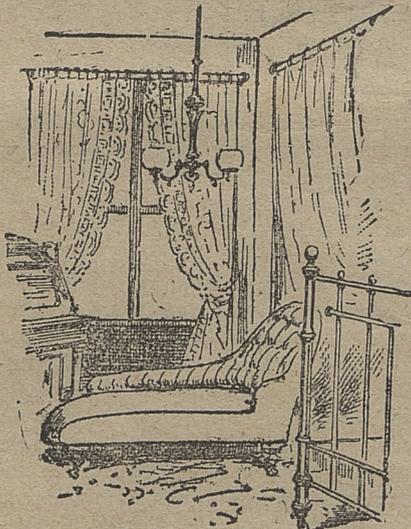
CONDE TCHÍ

INCENDIO DE WASHINGTON

*

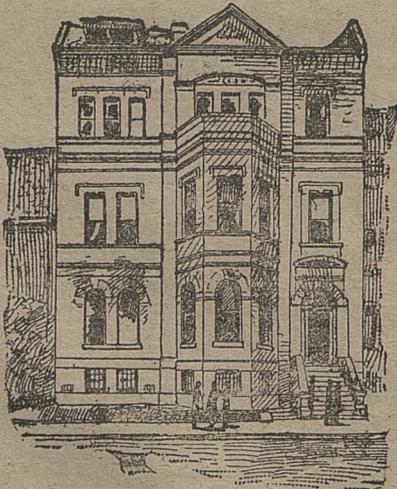
Holocausto.

Nuestro Corresponsal nos envía estos dos grabados tomados por fotografía, á propósito del incendio ocurrido hace poco en Wash-



EL DORMITORIO.

ington; uno del dormitorio del General Tracy, Secretario de la Marina de los Estados Unidos, con la ventana por donde se tiró



LA FACHADA.

su esposa, y el otro de la fachada del edificio después del incendio. A la hora en que nos escribía, el General daba promesas de recobrar pronto la salud.

TEATROS

Una Gloria Americana.

España está aplaudiendo ahora, como Italia había aplaudido ya, á la arrogante puertorriqueña que desde su noche de estreno pisó el teatro con la autoridad de los grandes artistas. Su patria se está mirando en ella desde que, casi niña aún, paseó de pueblo en pueblo el país florido de Puerto Rico, con el ruiseñor en los labios, amasando el pan «para los hermanitos de su alma.»

Fué á Madrid, donde se ganó por el mérito de su canto y la virtud de su corazón la voluntad de lo que tiene la corte de mejor. Con el dinero de sus paisanos, que nunca dejan caer por tierra el amor á su pueblo, completó en Italia sus estudios de música. Deslumbró á Venecia la noche de su primera aparición. Acaba de volver á España, y ya todo es á su paso homenajes y coronas. Ya es célebre la niña valiente de Puerto Rico. Ya es más que célebre; es amada.



AMALIA PAOLI.

Canta como María Sass, con la voz voluminosa, franca y caliente. Pasea á su patria consigo, y se le llena de amor el corazón, porque no cree que la aplauden á ella, sino á su patria. Lleva al pecho un ramo de flores rojas, y otra flor que no se ve, que es Puerto Rico.

Son muy justos los aplausos extraordinarios á la criatura denodada que á los catorce años se quedó sola en el mundo, con sus dos hermanitos de la mano, y, con ellos por escudo, ha llegado sin mancha á la gloria. ¡Sola en el mundo una niña de catorce años! Sola, y hermosa! Sola, y artista! Ella educó á sus dos hermanitos: ella paseó de pueblo en pueblo su tierra natal, para buscarse medios de mejorarles la vida: ella no tuvo oídos más que para la virtud, cuando supo la pérdida de sus ahorros al llegar á España, con sus dos hermanitos de la mano. Los que llevan llagados los pies del camino del mundo, se detienen ante la niña valiente de Puerto Rico y la saludan. Los que la oyen, dicen que sí es verdad que ha estado Amalia Paoli en Venecia, porque tiene en la voz la gracia y ligereza de la góndola, y la barcarola apasionada y alegre que cantan los amantes, bajo los pabellones de madre selvas, en las orillas doradas del Lido.

HISTORIA NATURAL

LA ARAÑA BOGADORA

No puedo ocultarlo: profeso mucha simpatía por la araña, que yo admiro como uno de los animalitos más avisados é ingeniosos de la creación.

La hormiga tiene genio; es demasiado ó no es lo bastante. Con sus ejércitos y sus aldeas, sus batallas campales, sus sociedades colectivas, sus leyes y sus gobiernos, sus maestranzas y talleres, sus hospitales y hospicios, sus fortalezas y sus almacenes, sus asombrosas caravanas y sus maravillosos poterosos donde engorda—como lo advierte el gran Linneo—esas manadas de piojitos que le sirven de alimento, la hormiga me chafa, me humilla, me confunde.

No es un animal: es un prodigio.

Más amable y modesta es la araña, que oculta su habilidad discreta tras del tejido que ella misma ha hilado.

Todo el mundo es sabio en la familia de las arácnidas. Aquí, la araña tejedora, excelente madre, observada por Franklin, trabaja un saquito de seda donde pone sus huevos, esperanza de la raza; allí, la araña centinela, que aloja á su familia en un albergue subterráneo, del cual es á la vez arquitecto y albañil, carpintero y cerrajero, tapicero y guardián.

Tenemos la hilandera de plata, que construye en el fondo de las aguas un palacio de cristal tapizado de terciopelo. Y la araña de los jardines, la epeira de la blanca cruz, soberana del huso y de la rueca, cuyo ojo es compás, cuya patita es escuadra, cuyo taller es el espacio, que suspende en los aires sus redcillas flotantes y vaporosas, semejantes á la fachada ideal de un edificio imaginario, mecida por los céfros que pasan besando las flores. Más allá, aparece la araña bogadora, que navega en su ligera balsa, en medio de los nenúfares y las cañas. Esa sigue el capricho del viento, dulcemente arrullada por la brisa, como una joven veneciana en su góndola llena de sol.

No es otra la afición de la pequeña araña de los arroyos y de los estanques: navegar. Pero, ¿dónde va á encontrar su embarcación? La cosa es muy sencilla: la construye. Veámosla en la obra.

Inmóvil en la orilla, la araña acecha la pasada de un pequeño objeto liviano, trocito de madera, hoja seca ú otro material, y apenas lo ve, salta encima con una agilidad admirable.

Después, mediante un cable de seda que ha hilado, amarra la hoja ó el palito á otras hojas y palitos, y construye una balsa en miniatura, tan elegante como sólida.

Sobre la balsa extiende una alfombra de seda, y sigue hilando. ¿Para qué hila? Vais á verlo.

De repente, del centro de la balsa surge una lindísima concha ovalada, verdadero nido de satín blanco, que la araña acaba de tejer y fijar por medio de sólidas cuerdas á la improvisada embarcación. La pequeña navegante se acomoda en el mullido lecho, y ¡vamos bogando!

Sumida en la seda, acariciada por la brisa, estirando ó recogiendo las patas, la araña se deja llevar por la corriente: ¡indecible placer! En torno suyo, el agua brilla y centellea, las cañas murmuran, los juncos floridos se mecen, y las libélulas de azulada armadura y alas de encajes pasan y vuelven á pasar, rozando las doradas corolas de las plantas acuáticas, tímidas y soñolientas.

Los mil insectos del estero bailan ó patinan sobre la tersa superficie, mientras que las mariposas de purpurinas alas se agitan como fuegos fatuos encima de las hojas verdes.

Y la hermosa embarcación sigue bogando. Apenas si de su capitán se divisa el extremo de un pie, dos ojitos que brillan con misterioso resplandor.

Es preciso observar que la pequeña bogadora está en acecho. No se pasea, sino que caza. No está pensando, por cierto, en las cañas murmuradoras, ni el baile fantástico de los insectos alados: piensa en su comida.

Su mullida alcoba es un observatorio, un escondite. Tan pronto como descubre un animalejo bien gordito, bien apetitoso, la araña se lanza, lo coge con sus garras y lo conduce á su sedoso retrete donde se lo devora con avidez.